

A unos excelentes profesionales de la Inspección de Educación.

Rafael Fenoy Rico, Inspector de Educación de Cádiz

Cuando pasado el tiempo observamos cómo se nos va la vida, no sólo profesional, se nos antoja corta, corta, muy corta nuestra existencia. Después de casi un cuarto de siglo andando en esto de la Inspección de Educación parece que fueron, no años sino siglos el tiempo transcurrido. Insiste en este sentimiento de longevidad la maraña normativa que se ha ido creando alrededor del sistema educativo en general y de la Inspección de Educación en particular y no queda aquí la cosa, ya que amenazan los políticos de turno con volver a regular lo ya regulado, sólo por aquello de que ellos no lo hicieron y, claro está, ¡como ellos nadie!

A fuerza de desplegar el sistema educativo, de una transición aún inacabada, por lo visto, la Inspección de Educación que antaño lo era todo, se ha ido convirtiendo en nada. Una nada fantasmagórica que nada puede remediar, que nada puede resolver y que sólo puede informar a quien podría hacerlo y no lo hace. Una nada que de nada tiene que recibir las gracias, ni siquiera por el trabajo bien hecho, por el velatorio permanente de los derechos ciudadanos, de la operatividad y eficacia de las leyes inciertas y dubitativas, inestables en la dureza de su aplicación, en función de la oportunidad política de cada momento. Momentos que se hacen eternos cuando de los males que aquejan al sistema educativo informa, informe tras informe, pretendiendo dar forma a aquello que se cuenta con el objeto de que se corrijan las deficiencias o se adopten medidas de mejora, sobre todo de lo público, de lo de todas y todos.

Una Inspección de Educación que mira y aquello que mira no acaba en imágenes interpretables a los ojos ciegos de quienes deben actuar, corregir, ampliar, completar, establecer, dotar... Y sin embargo son agua de manantial a los ojos cansados de quienes sólo pueden otear el recorte, el ahorro, la austeridad, aun a costa de cercenar derechos esenciales de aquellos a los que dicen servir. Una Inspección de Educación que dice mucho y bien pero que pocos pueden oír, o aún peor pocos quieren oír. Sobre todo cuando la algarabía ruidosa de los cantos de sirenas mediáticas enturbian su entendimiento, angostado con tanto plan de planes y proyecto de proyectos.

En esta sinrazón y sin logros, muchas y muchos que se dedican a esta tarea inacabada e incluso efímera de inspeccionar la educación, se van de nuestro lado. Unos con el jubilar júbilo que da la jubilación, otros con la tristeza que siempre aporta la ingratitud, el trato desigual con otros colectivos docentes, la falta de reconocimiento de una tarea que, por bien hecha, debería asegurar su desarrollo. Pero eso sería lógico en los territorios de la inteligencia, no en la mediocridad de la escalada perfecta hacia la cima del poder.

Ahora, como el fantasma de Canterbury, conseguirán por fin salir de la nada para entrar en la realidad de su tiempo. Seguirán haciendo el camino que ellas y ellos conocen con dignidad y respeto de sí mismos y sobre todo con el reconocimiento de quienes tuvimos el honor de compartir con ellos este digno trabajo de Inspectores de Educación.

*Para Mari Carmen, Miguel, Carmen, Blanca, José Marías, Franciscos, Jesús y Maribel...
Para todos y todas.*